

La decepción en "Una aventura nocturna"¹ Ensayo descriptivo

SANTIAGO LOPEZ MAGUIÑA

La decepción es una de las figuras más recurrentes en la obra cuentística de Julio Ramón Ribeyro. Quizás es en "Una aventura nocturna" donde se expone con más nitidez. Greimas (1983: pp. 225-246) la deriva de un estado de "crisis de confianza", de la no realización de una *espera fiduciaria*. Se entiende que ésta es resultado de un acuerdo o contrato establecido entre dos sujetos, uno de los cuales propone, en tanto que el otro acepta. Se entiende, además, que la relación así constituida tiene un componente de confianza, de fe, que el primero de los sujetos atribuye al segundo. Cree que su propuesta aceptada será realizada. Sin embargo, este contrato no es *real*. Es *imaginario*, S_1 lo construye como un simulacro, y, en consecuencia, el otro S_2 no participa en él efectivamente. Por eso la no realización de lo supuestamente pactado no puede ser condenable. El *sentimiento de falta* que se produce en S_1 , que engendra rencor y hostilidad no se dirige contra S_2 , sino contra el mismo.

"Una aventura nocturna" presenta un recorrido narrativo en que se pueden distinguir tres segmentos. En el primero S_1 aparece como un sujeto carente de confianza en sí y en los otros, en el segundo se desarrolla la adquisición de tal objeto fiduciario, gracias a un inesperado encuentro, mientras que en el tercero se produce su pérdida, que coloca al sujeto nuevamente en la situación de carente de confianza. Será mejor que se copie la parte del texto que corresponde a esas dos secuencias, con la finalidad de facilitar la exposición:

¹ Es el título del cuento de Julio Ramón Ribeyro que aquí se ensaya interpretar. Cf. Ribeyro, Julio Ramón *La palabra del mudo*. T. I. Lima, Carlos Milla Batres, 1972. pp. 263-267.

“A los cuarenta años, Arístides podía considerarse con toda razón como un hombre “excluido del festín de la vida”. No tenía esposa ni querida, trabajaba en los sótanos del municipio anotando partidas del Registro Civil y vivía en un departamento minúsculo de la avenida Larco, lleno de ropa sucia, de muebles averiados y de fotografías de artistas prendidas a la pared con alfileres. Sus viejos amigos, ahora casados y prósperos, pasaban de largo en sus automóviles cuando él hacía la cola del ómnibus y si por casualidad se encontraban con él en algún lugar público, se limitaban a darle un rápido apretón de manos en el que se deslizaba cierta dosis de repugnancia. Porque Arístides no era solamente la imagen moral del fracaso sino el símbolo físico del abandono: andaba mal trajeado, se afeitaba sin cuidado y olía a comida barata, a fonda de mala muerte.

De este modo, sin relaciones y sin recuerdos, Arístides era el cliente obligado de los cines de barrio y el usuario perfecto de las bancas públicas. En las salas de los cines, al abrigo de la luz, se sentía escondido y al mismo tiempo acompañado por la legión de sombras que reían o lagrimeaban a su alrededor. En los parques podía entablar conversación con los ancianos, con los tullidos o con los pordioseros y sentirse así partícipe de esa inmensa familia de gentes que, como él, llevaban en la solapa la insignia invisible de la soledad.

Una noche, desertando de sus lugares preferidos, Arístides se echó a caminar sin rumbo por las calles de Miraflores. Recorrió [...] por calles cada vez más solitarias, por barrios apenas nacidos a la vida y que no habían visto tal vez ni siquiera un solo entierro. [...] se extravió. Poco después de la media noche erraba por una urbanización desconocida [...].

Un café cuya enorme terraza llena de mesitas estaba desierta, llamó su atención. Sobreparándose, pegó las narices a la mampara y observó el interior. [...], al lado de la caja pudo distinguir a una mujer gorda, con pieles, que fumaba un cigarrillo y leía distraídamente un periódico. La mujer elevó la vista y lo miró con expresión de moderada complacencia. Arístides completamente turbado, siguió su camino.

Cien pasos más allá se detuvo y observó a su alrededor: los inmuebles modernos dormían un sueño profundo y sin historia. Arístides tuvo la sensación de estar hollando tierra virgen, de vestirse de un paisaje nuevo que tocaba su corazón y lo

retocaba de un ardor invencible. Volviendo sobre sus pasos, se aproximó cautelosamente al café. La mujer continuaba sentada y al divisarlo reprodujo su gesto delicadamente risueño. Arístides se alejó [...] se detuvo a medio camino, vaciló, regresó, se introdujo hasta ocupar una mesita roja, donde quedó inmóvil, sin levantar la mirada..

Allí esperó un momento, no sabía concretamente qué, observando una mosca desalada que se arrastraba con el pena hacia el abismo. Luego, sin poder contener el temblor de sus piernas, elevó tímidamente un ojo: la mujer lo estaba contemplando por encima de su periódico. Conteniendo un bostezo, dejó escuchar una voz gruesa, un poco varonil:

– Los mozos ya se han ido caballero.

Arístides recogió la frase y la guardó dentro de sí, presa de un violento regocijo: una desconocida le había hablado en la noche. Pero de inmediato comprendió que esa frase era una invitación a la partida. Súbitamente confundido se puso de pie.

– Pero yo le puedo servir, ¿qué cosa quiere? –la mujer avanzaba hacia él con un andar un poco lerdo al cual no se le podía negar una cierta majestad.

Arístides volvió a sentarse

– Un café, solamente un café

[...] La mujer regresaba. Además de la cerveza traía una botella de coñac y una copa.

– Lo acompañaré dijo sentándose a su lado– tengo la costumbre de beber algo con el último parroquiano.

Arístides agradeció con una venia [...]

[...]

Arístides se atrevió a mirarla al rostro. La mujer soplaba humo con elegancia y lo miraba sonriente. La situación le pareció excitante. De buena gana hubiera pagado su consumo para salir a la carrera, coger al primer transeúnte y contarle esa maravillosa historia de una mujer que en plena noche le hacía avances inquietantes [...]

[La mujer pide una moneda para poner música y “presa de un repentino coraje” Arístides la invita a bailar]

[...] cuando la tuvo cogida del talle [...] tuvo la convicción

Arístides de estar realizando uno de sus viejos sueños de solterón pobre: tener un aventura con una mujer. Que fuera vieja y gorda era lo de menos. Ya con su imaginación la desplumaría de todos sus defectos. [...] Arístides se reconciliaba con la vida y, desdoblándose, se burlaba de aquel otro Arístides, lejano ya y olvidado, que temblaba de gozo una semana sólo porque un desconocido se le acercaba para preguntarle la hora.

Cuando terminaron de bailar, regresaron a la mesa. Allí conversaron un momento. La mujer le invitó una copa de coñac. Arístides aceptó hasta un cigarrillo.

[...]

Arístides propuso otro baile.

– Cerraré ante las persianas –dijo la mujer, encaminándose hacia la terraza.

Bailaron aún. Arístides observó que el reloj de pared había marcado dos horas. A pesar de ello la mujer no se decidía a retirarse. Esto le pareció un buen augurio e invitó a su vez un coñac. Empezó a sentirse un poco envanecido. Hizo preguntas indiscretas con el objeto de crear un clima de intimidad. Se enteró que vivía sola, que estaba separada de su marido. La había cogido de la mano.

– Bueno –dijo la dueña levántandose–. Es hora de cerrar el bar.

Conteniendo un bostezo, se dirigió hacia la puerta.

– Me quedo –dijo Arístides, con un tono imperioso, que lo sorprendió.

A medio camino, la mujer se volvió:

– Claro está convenido –y continuó la marcha”.

Ha de notarse que las *carencias* de que padece Arístides corresponden a un estado general de insatisfacción respecto a distintos objetos que integran la configuración discursiva de la /prosperidad/: tener “esposa” o “querida”, tener “automóvil”, tener un buen trabajo. Los objetos que en cambio *posee* forman parte de la configuración discursiva de la /adversidad/ o el /infortunio/. Ha de verse a continuación que la situación displacentera en la que vive es consecuencia de un estado previo de *no espera* por parte de un destinador social. Arístides ha fracasado en alcanzar una posición de éxito y de bienestar

contrariamente a lo que de él *esperaba* su comunidad, representada por sus "viejos amigos". Por eso puede calificarse de inconcebiblemente imposible el lugar que ocupa, desde el punto de vista del Otro juzgante. Ello explica que se le excluya: no ha cumplido con lo que le fue prescrito y prohibido socialmente, triunfar y no fracasar. De esa manera Arístides se ubica en la posición de un *otro* negativo para sus viejos amigos, que ven en él lo que no son, al mismo tiempo que en función de su proximidad y semejanza los refleja como una posibilidad de ser. Podría ocurrir que a ellos les pasara algo idéntico.

Hay que subrayar que la *atractiva* /prosperidad/ así como la *repulsiva* /adversidad/ son valores que no solamente se expresan en los objetos materiales que los sujetos poseen, se inscriben también en el *parecer* que ambos presentan. En ese sentido el aspecto exterior de Arístides despierta "cierta dosis de repugnancia".

La exclusión de la que Arístides es objeto se juzga mediante la mirada y en el nivel del *parecer*. Pero la sanción que se le aplica no sólo procede del Otro y los otros entendidos como instancias ajenas a sí mismo, sino sobre todo como entidades internas. Si está excluido es porque también, fundamentalmente, él se excluye. Por eso busca la invisibilidad de los cines, donde gracias a que el *parecer* se suprime, puede participar de pasiones colectivas: gozar y sufrir con otros. O busca asimismo relacionarse con aquellos cuyo similar estado adverso evita la mirada y el gesto excluyente.

Los sentimientos que así experimenta y las relaciones que como excluido establece no son satisfactorias. Puede decirse que sólo suplantando insuficientemente a las que de verdad busca. Arístides anhela la amistad y la compañía de otra gente, de la no excluida, de aquella que por preguntarle la hora lo hace temblar de gozo por una semana ("temblaba de gozo una semana sólo porque un desconocido se le acercaba para preguntarle la hora"). Pero aquéllo es algo para lo cual no está capacitado, debido a lo que representa ante los que lo ven y a la mirada que de ellos se representa a sí mismo, que en el fondo es su propia mirada, la cual expresa un juicio de rechazo. Porque si su visión de sí hubiera sido otra, su actuación no habría tenido el carácter pasivo que muestra. Arístides no habría esperado que el otro iniciara las tentativas de comunicación. El tendría que haber tomado la

iniciativa, bajo el supuesto de la posibilidad, por poner el caso, de ser aceptado.

Arístides se caracteriza, pues, por la falta de confianza en sí y de confianza en el otro. Por eso se desarregla ante los indicios de aceptación que ve dibujarse en el rostro de la "mujer gorda". Para Arístides la posibilidad de ser aceptado amigablemente por otro constituye una ruptura, una alteración. Equivale a una discontinuidad respecto al constante sentimiento de falta y de desconfianza que con respecto a sus semejantes caracterizan su existencia. La ruptura que la mujer introduce con su mirada es igual a la entrada de lo distinto, de lo irregular, que a la vez es *no esperado* y *esperado*. No esperado porque la aceptación del otro *parece* imposible: Arístides ve que su estado adverso produce juicios de rechazo, estado que mientras no se modifique no puede hacerle abrigar las esperanzas de la aceptación. Y esperado porque mantiene a pesar de su no espera la fantasía de poder ser reconocido y deseado.

La discontinuidad que tiene lugar actualiza por tanto un *querer ser imposible, según el creer* del sujeto S_1 . Dicho de otra forma: la obtención de un objeto que el sujeto cree no poder se hace manifiesta. Con ello se modifica el estado de desconfianza que lo caracteriza en un estado de confianza. Pero la transformación fiduciaria no ocurre súbitamente. Antes de que el sujeto la consiga plenamente se desarrolla un proceso. No es necesario que se lo describa en detalle, bastará con señalar los trazos más generales que en ese recorrido se distinguen.

La adquisición de la confianza es un proceso de avances y retrocesos, de afirmaciones y vacilaciones. La mirada complaciente de la mujer, su amigable sonrisa, su actuación aprobatoria son rasgos que *parecen* registrar a ojos de Arístides que es aceptado. Ante su mirada ella ocupa el lugar de un destinador: le hace querer aproximarse. Contribuye a la realización del querer el hecho de que *no ve que lo ven*, no hay en torno a sus ojos que lo juzguen, excepto los de la mujer que *parecen* acogerlo.

Contribuye también el espacio donde ocurren los acontecimientos: el barrio donde tiene lugar el "encuentro" es periférico respecto de los lugares que frecuenta Arístides, que tienen una ubicación cen-

tral. Son evidentemente más antiguos y poseen por ello una historia. Hay una memoria que registra sucesos y nombres, que reconoce y repite lo designado. Las calles de las urbanizaciones recién construidas manifiestan, en cambio, lo anónimo y lo desconocido. Constituyen una suerte de espacio original. Lo nuevo y periférico tienen el carácter de lo no ocupado e innostrado. Quien procede de un espacio central, puede sentir la sensación de la conquista. El oscuro burócrata del municipio ve despertar dentro de sí confianza y poder en la medida que tiene "la sensación de estar hollando tierra virgen, de vestirse de un paisaje nuevo que tocaba su corazón y lo retocaba de un ardor invencible".

Lo anónimo, lo original, lo desconocido, lo silencioso y vacío son rasgos cuya percepción ayudan a la transformación de Arístides. Contribuyen a cambiar la duda en certeza.

La adquisición de la confianza se presenta como una lucha entre la convicción de creer ser aceptado y creer ser rechazado. Esa lucha produce el efecto de la vacilación. La duda se intensifica en cuanto se impone el creer ser rechazado, se reduce en cuanto predomina el creer ser aceptado.

El creer ser rechazado es resultado de una evaluación negativa que el sujeto S_1 hace de sí mismo: rechazarse por su estado adverso. El creer ser aceptado es producto de la evaluación que S_1 hace de la evaluación que supone el otro S_2 hace de él. Esa evaluación, como ya lo mencionamos, se lleva a cabo a través de la mirada. S_1 ve que el otro S_2 lo mira acogedoramente. Esa mirada aprobatoria y atrayente no es, sin embargo, evaluada afirmativamente de manera inmediata, sino hasta después de repetidas pruebas. La primera mirada ("La mujer elevó la vista y lo miró con una expresión de moderada complacencia"), primera muestra de aceptación que S_1 percibe en S_2 despiertan la duda y el temor. Duda, porque la evaluación que el sujeto hace de sí no coincide con la que cree ver en el otro. Temor, porque si el otro parece aceptarlo, asumiendo la hipótesis de que la posibilidad de la realización del deseo despierta miedo en el sujeto, está desarrollando una actuación que lo aproxima precisamente a la realización de un deseo. ¿Por qué el deseo produce temor? La duda se puede ubicar en el registro de la propia representación imaginaria del sujeto, mientras

que el temor puede ser situado en el nivel de lo que el otro representa para él. Lo que el otro representa en este relato en particular es la posibilidad de la realización del deseo: que S_2 quiera que S_1 lo quiera. Sentirse querido. Este es un sentimiento de falta, que presiona en pos de su supresión, pero que al mismo tiempo encuentra la resistencia de su realización, pues si ello ocurriese y quedara eliminada la carencia, el sujeto se encontraría en un estado de afánisis, de carencia de deseo, que desde el punto de vista del psicoanálisis lacaniano es equivalente a la muerte. La disolución de la falta, en otras palabras, implicaría la desaparición del sujeto como tal.

La aceptación que S_2 parece mostrar a S_1 da lugar a una evaluación de duda por parte de éste y a un estado de temor. El temor corresponde a una relación de repulsión entre el sujeto y el objeto, que discursivamente se expresa en una concentración de tensión. Sin embargo, el temor es paradójicamente efecto y resultado del deseo. Surge ante la posibilidad de que el deseo ocurra. Esta es una pasión constante, que presiona la actuación del sujeto. Lo impulsa hacia la liquidación de la falta que lo origina. Pero tan pronto esa liquidación se hace efectivamente posible o fácticamente realizable emerge el miedo a que suceda. No obstante, el miedo no es una pasión interpuesta a la pasión del deseo: tiene la misma constancia que aquélla, tiene igual permanencia. Lo que las distingue es el hecho de que el deseo es discursivamente formulado de manera certera. Uno de los sueños de Aristides, o mejor dicho, una de sus fantasías es sin lugar a dudas "tener una aventura con una mujer". Este es un objeto inscrito con toda evidencia en el horizonte imaginario del sujeto. Tiene además una figuración definida, un registro perceptual de nítidos contornos. El temor, en cambio, no se expresa discursivamente con idéntica certidumbre. No se formula con la misma evidencia que el deseo. Su existencia se establece por los efectos tímicos que se manifiestan en el sujeto frente a la posibilidad de la realización del deseo.

Ahora bien, la primera muestra de aceptación que S_1 percibe en S_2 , tras la duda y el miedo que le producen, permite el surgimiento de una "sensación" de dominio. Puede interpretarse esa "sensación" como una actualización del deseo. Lo que implica el planteamiento de una situación de desafío, de enfrentamiento con otro por la posesión de un

objeto. Esta confrontación constituye una contienda en la que se pone en juego el poder-hacer de los sujetos. Su capacidad de actuar sobre el otro, de someterlo y, en ciertas ocasiones, también de humillarlo.

Toda disputa es una lucha por la posesión de un objeto, que el sujeto que domina obtiene del dominado como resultado final. ¿Qué objeto persigue obtener Arístides como resultado de la confrontación en la cual se siente implicado? La respuesta inmediata desde el punto de vista más superficial es "tener una aventura con una mujer". ¿Cómo interpretar esa finalidad volitiva? Como un deseo o querer constante cuya realización no entraña una noción de permanencia y de necesidad, sino de contingencia y de fugacidad.

La mirada de aceptación que la mujer gorda parece conceder a Arístides no despierta en él un deseo de posesión estable y duradero, sino sólo pasajero. No obstante el hecho de que se percibe en el sujeto una aspiración de constante compañía. Pero con respecto a una pareja femenina no se ve un propósito de alianza y participación continua. Una mujer es un objeto de deseo cuya posesión se limita a un transitorio goce sexual.

La mujer gorda no es, por otro lado, la figuración exacta del objeto sexual de sus fantasías. No guarda proporción con el ideal imaginado. La hace un objeto de deseo a causa de que le otorga consentimiento, y a causa de ello se percibe capaz de transformarla imaginariamente ("Que fuera vieja o gorda era lo de menos. Ya su imaginación la desplumaría de todos sus defectos").

La mujer es de esa manera un objeto cuyo principal valor, por decirlo así, representa el querer del querer de Arístides, aunque no responda a la imagen exacta del ideal buscado. En el querer que quiere el sujeto pueden ser distinguidos el *querer ideal* y el *querer que parece posible* realizar. No hay correspondencia exacta entre los dos. Hay un desacuerdo. La mujer posible no es igual a la mujer pretendida. Sin embargo, la primera mujer no es rechazada sino aceptada. Se acepta poseer a una mujer que no reúne todos los rasgos valorativos queridos.

¿Por qué se la acepta? Porque se trata de un sujeto que tiene posesiones y características correspondientes al valor general de la / prosperidad/: "No cabía duda que era la patrona. A juzgar por el es-

tablecimiento, debía tener mucho dinero". Puede decirse que si Arístides ve que la mujer lo mira es porque esta se halla investida con las propiedades del éxito. En todo caso ¿otra mirada habría tenido el mismo efecto? Para establecerlo habrá que desarrollar una lectura de los relatos riberianos guiados por la pregunta acerca de cuál es la mirada que el sujeto S_1 mira. O cuál es la mirada que ve mirar la suya. Cuál es la mirada, en suma, en la cual se reconoce y encuentra reconocimiento.

La segunda vez que ve la mirada que la mujer le dirige, como la primera, le producen el efecto de la duda y del temor, pero gracias a ella gana valor y confianza para aproximarse. Sin embargo no enfrenta su mirada, se acerca, ingresa al café, ocupa una mesa y permanece inmóvil, pero "sin levantar la mirada".

La tercera vez que ve la mirada lo hace como en la segunda con el objetivo de confirmarla: "elevó tímidamente un ojo: la mujer lo estaba contemplando por encima de su periódico".

Hasta ese momento la relación entablada entre S_1 y S_2 es una relación escópica, que permite el establecimiento de un acuerdo fiduciario. Las tres miradas que se han registrado pueden ser interpretadas como momentos significativos de un desarrollo narrativo que concluye con la adquisición de confianza. Pero en general, los tres pueden ser reducidos a un hacer persuasivo que hace querer y creer-poder. Querer que S_1 quiera a S_2 y creer-poder tener "una aventura" con la mujer.

Desde el punto de vista de S_2 también se desarrolla un proceso narrativo de adquisición de confianza, pero con un fin diferente del de S_1 . Su propósito no es tener una "aventura", como éste cree, sino manipularlo, hacerle creer que tendrá una "aventura", para emplear su fuerza de trabajo en una labor doméstica, que no tendrá compensación. S_2 busca dominar a S_1 por la persuasión con un objetivo utilitario, no como fin en sí mismo. No por el valor o los valores de que está investido S_1 . En oposición, éste, en cambio, busca dominar a S_2 para obtener de él un objeto considerado como un fin último: ser querido transitoriamente y sin compromisos.

La adquisición de confianza puede ser vista como la adquisición de una certeza respecto a lo que S_1 espera que S_2 pueda hacer para él

y recíprocamente. Pero los objetos que uno y otro buscan no coinciden. El objeto de uno no es el mismo del otro.

El contrato escópico-fiduciario que se establece entre S_1 y S_2 es el antecedente de un nuevo segmento narrativo en el que la relación que entablan ambos sujetos, se caracteriza por una actuación mutuamente interpretativa de su respectivo comportamiento verbal y gestual.

Desde el punto de vista de S_1 el desempeño de S_2 es interpretado como una operación persuasiva que busca hacer-quererla. No se va a describir aquí todo el recorrido, que termina con la adquisición de la certeza y la confianza de que S_2 desea a S_1 . Se han de resaltar solamente los momentos que parecen más sobresalientes. Se inicia el recorrido con un hacer participativo de carácter informativo ("— Los mozos ya se han ido caballero"), que el S_1 representa como una adquisición, que tiene efectos marcadamente eufóricos. La actuación comunicativa que la mujer lleva a cabo tiene para Arístides el valor de un juicio de aceptación y reconocimiento superlativo: "Arístides recogió la frase y la guardó dentro de sí, presa de un violento regocijo: una desconocida le había hablado en la noche". Pero, además, y casi simultáneamente interpreta las palabras de la mujer como un desafío: "de inmediato comprendió que esa frase era una invitación a la partida. Súbitamente confundido se puso de pie". La mujer pretendía al entender de S_1 hacerse-querer//poder-quererla. Hacer el acto sexual. Tener un acto sexual con la mujer gorda constituye también un objeto que surge como fin de la relación que Arístides establece con ella.

A partir de esa primera aceptación verbal, de acuerdo a la evaluación interpretativa de S_1 , éste entenderá la actuación de S_2 como un progresivo pedido de acercamiento: lo representará como un hacer persuasivo cada vez más evidente, cuyo propósito es la realización del acto sexual (la "aventura"). La mujer "en plena noche le hacía avances inquietantes". Esta reconstrucción imaginaria, imprime en el sujeto la cualidad de poder persuadir y proponer.

La interpretación del comportamiento del otro da lugar simultáneamente a la adquisición de confianza, que se incrementa en cuanto percibe una mayor evidencia de aceptación. Al mismo tiempo da lugar a la adquisición y al incremento de la confianza en sí mismo. Se

llega a representar una transformación en la que se separan nítidamente un estado inicial de carencia, superado, pasado, ya ajeno, extraño y un estado final de satisfacción, vigente, presente, súbitamente familiar: "Arístides se reconciliaba con la vida y, desdoblándose, se burlaba de aquel otro Arístides, lejano ya y olvidado".

Los "avances inquietantes" siguen un proceso que en términos muy generales se inician en una relación de reconocimiento visual que establecen S_1 y S_2 y terminan en el contacto físico-familiar: "Bailaron [...] Arístides [...] Hizo preguntas indiscretas con el objeto de crear un clima de intimidad. Se enteró que vivía sola, que estaba separada de su marido. La había cogido de la mano". Ese contacto señala figurativamente la adquisición de la confianza.

El logro de la certidumbre es una representación que el S_1 se hace de la paulatina aceptación que S_2 realiza de su propuesta de ser querido (o reconocido). Constituyendo esa adquisición una representación supone que ella no tiene lugar *realmente*, es decir, que S_2 haya actuado tal y como se lo imagina S_1 . La actuación de aquél *parece-ser*. Se cree que así es. Hay que observar, además, que en el imaginario de S_1 no es él quien persuade y propone, sino ella S_2 . El tiene la fantasía inicial de tener un encuentro sexual casual y transitorio, aunque no se cree capaz, no tiene confianza en sí. Por eso la "aventura" que vive con la mujer es imaginada como efectuada principalmente por la actuación de ésta. S_1 cree que ella es quien toma la iniciativa.

La certeza definitiva, la confianza indudable es alcanzada cuando se establece el contrato por el cual implícitamente S_2 acepta que S_1 se quede con ella para pasar la noche: "– Me quedo –dijo Arístides, con tono imperioso que lo sorprendió. [...] – Claro. Está convenido".

A la secuencia de la adquisición de confianza le sigue la larga secuencia final de la decepción. Para analizarla se ha de transcribirla:

Arístides se tiró de los puños de la camisa, los volvió a esconder porque estaban deshilachados, se sirvió otra copa, encendió un cigarrillo, lo apagó, lo encendió otra vez. Desde la mesa observaba a la mujer y la lentitud de sus movimientos lo impacientaba. Vio como cogía un vaso y lo llevaba hasta el mostrador [...] Cuando todas las mesas quedaron limpias experimentó un enorme alivio. La mujer se dirigió hacia la puerta

y en lugar de cerrarla, quedó apoyada en el marco inmóvil, mirando hacia la calle.

– ¡Qué hay? –preguntó Arístides.

– Hay que guardar las mesas de la terraza.

Arístides se levantó, maldiciendo entre dientes. Para echarse prosa, avanzó hacia la puerta mientras decía:

– Es cosa de hombres.

Cuando llegó a la terraza sufrió un sobresalto: había una treintena de mesas con su respectiva serie de sillas y ceniceros. Luego empezó con la sillas.

– ¡Pero no en desorden! –protestó la mujer– Hay que apilarlas bien para que mañana el mozo haga la limpieza.

Arístides obedeció. A mitad de su labor sudaba copiosamente. Guardaba las mesas, que eran de hierro y pesaban como caballos. La dueña, siempre en el dintel, lo miraba trabajar con una expresión amorosa. A veces, cuando él pasaba resoplando a su lado, extendía la mano y le acariciaba los cabellos. Este gesto terminó por reanimar a Arístides, por darle la ilusión de ser marido cumpliendo los deberes conyugales para luego ejercer sus derechos.

[...]

Al cabo de media hora Arístides había dejado limpia la terraza [...] Se disponía a ingresar al bar, cuando la mujer lo tuvo.

– ¡Mi macetero! ¿Lo vas a dejar afuera?

Todavía faltaba el macetero. Arístides observó el gigantesco artefacto a la entrada de la terraza, donde un vulgar geranio se deshojaba. Armándose de coraje se acercó a él y lo levantó. Encorvado por el esfuerzo, avanzó hacia la puerta y, cuando levantó la cabeza, comprobó que la mujer acababa de cerrarla. Detrás del cristal lo miraba sin abandonar su expresión risueña.

– ¡Abra! –musitó Arístides.

La mujer volvió a negar.

– ¡Por favor, abra, no estoy para bromas!

La mujer corrió el cerrojo, hizo una atenta reverencia y le volvió la espalda. Arístides, sin soltar el macetero, vio cómo se alejaba cansadamente, apagando las luces, recogiendo las

copas, hasta desaparecer por la puerta del fondo. Cuando todo quedó oscuro y en silencio, Arístides alzó el macetero por encima de su cabeza y lo estrelló con el suelo. El ruido de la terracota haciéndose trizas lo hizo volver en sí: en cada añico reconoció un pedazo de su ilusión rota. Y tuvo la sensación de una vergüenza atroz, como si un perro lo hubiera orinado.

El convenio que se establece entre S_1 y S_2 tiene un valor de verdad para S_1 . Este asume que S_2 ha aceptado verdaderamente su propuesta de quedarse con él. Proponer quedarse para S_1 significa tener sexo con S_2 . En consecuencia, la aceptación formulada por ésta implica esa suposición.

El contrato no es seguido por su inmediata realización. Después de establecido tiene lugar una espera impaciente. La realización de lo supuestamente convenido no llega con prontitud. La postergación de la efectuación de lo querido tiene un efecto de aumento de tensión. Ya la inminencia de que se produzca se halla marcada por un alto grado de inquietud y de temor. El sujeto cualificado por el querer tiende a su realización. Esa orientación tiene un efecto de tensión. Pero además ese efecto se incrementa por la pasión del temor, que corresponde en este caso a la representación de la posibilidad de la no realización del querer.

La realización de lo supuestamente convenido se posterga y se condiciona a la terminación de una serie de tareas domésticas. El acuerdo al que imaginariamente se ha llegado no es suficiente para que lo buscado tenga lugar. Nuevos tratos son establecidos, los cuales imponen la efectuación de otras tantas actividades. Por el primero se impone la espera, de la que ya nos hemos ocupado. Un segundo acuerdo, asigna a S_1 el trabajo de guardar ordenadamente las mesas de la terraza del café. Por el tercer y último pacto el mismo sujeto acepta llevar un gran macetero al interior del establecimiento.

El primero de los convenios es un acuerdo de espera fiduciaria, fundado en un pacto anterior. S_1 y S_2 han convenido *supuestamente* para S_1 de que tendrán una noche de amor. A continuación acuerdan implícitamente de que S_1 deberá esperar a que S_2 termine sus tareas domésticas de limpieza. Y luego de que cumpla con dos previas tareas. Estos tres últimos contratos, a diferencia, del anterior no tienen un

carácter fiduciario. Se basan en la confianza obtenida. Su carácter es otro. Para S_1 tienen el significado de pruebas de confianza. Por medio de su aceptación persigue demostrar su credibilidad en el otro. Pero, además, su realización tienen la propiedad de ser pruebas de *poder*, de fortaleza. Son evidentemente *pruebas calificantes*, preparatorias de la prueba principal, que ha de ser el acto sexual.

Se observa que esas pruebas tienen como fin demostrar fortaleza física y sexual por el hecho de que la ejecución de la primera tarea ha representado para el S_1 un desgaste que puede haber comprometido "su virilidad".

El relato por fin llega a su término no con la realización de la promesa esperada, después de las tareas efectuadas, sino con su no realización. La mujer que supuestamente ha aceptado tener una noche de amor con Aristides, le cierra la puerta del bar, después de cumplido con sus pedidos. La confianza conseguida se pierde de inmediato. Aristides es herido y ofendido.

En su respuesta se destaca la cólera: la expresión de agresión contra la mujer, al arrojar su maceta al suelo. Pero además se destacan dos sensaciones: en los añicos de la maceta destruida S_1 reconoce pedazos de su ilusión rota y siente una "vergüenza atroz, como si un perro lo hubiera orinado". Destruyendo la maceta que perteneció a la mujer que lo ha decepcionado destruye también a su propietaria, indirectamente. Con la destrucción del objeto consigue la desaparición un objeto que ha sido. Un cuerpo sólido que al chocar contra el suelo se fractura y desvanece. Lo mismo que la ilusión que había construido. Una ilusión correspondiente a la certeza de valer para otro, de ser deseado, de ser reconocido, gracias a lo cual Aristides había logrado hacerse una imagen placentera de sí mismo. Construyó un simulacro, con una solidez similar a la de un objeto físico de gran tamaño y peso: una mentira revestida o asociada con las cualidades de la solidez y la permanencia, pero esencialmente frágil e insustancial.

La segunda sensación, de "vergüenza atroz", manifiesta un estado de ánimo correspondiente a la pérdida del "honor".

Es importante dilucidar qué es el "honor" semióticamente. A.J. Greimas observa que los diccionarios no llegan a dar una definición

precisa. Sin embargo plantea que a título provisorio puede proponerse que una de las articulaciones eventuales del código del honor, se obtiene con la exposición del cuadrado de la modalidad del /poder-hacer/:



Este cuadrado ofrece la posibilidad de reconocer en cada eje, esquema o deixis un subcódigo del honor, susceptible de desarrollarse en un *sistema axiológico autónomo*. Así la oposición entre libertad vs independencia da lugar al código de la soberanía; la oposición entre la obediencia y la impotencia a la sumisión; la impotencia que niega la libertad o viceversa produce el código de la libertad, mientras que la independencia que niega a la obediencia o viceversa tiene como efecto el código de la obediencia; por último la mutua implicación de libertad y obediencia hace posible el código de la fiereza, en tanto que la mutua implicación de la independencia y la impotencia el código de la humildad.

Después Greimas precisa que el "honor" es un simulacro, una representación, una "imagen" de sí que el hombre se construye en función de su participación en la vida social. Añade que se trata de una suerte de nudo frágil, protegido y expuesto a la vez. Según una de las definiciones que de esa palabra da el diccionario es "un sentimiento de merecer la consideración y de guardar el derecho a la propia estima". En este sentido el "honor" es una construcción imaginaria que reposa

en la evaluación positiva de la propia imagen, es decir, a fin de cuentas, en una "confianza en sí".

La adquisición que Arístides ha hecho de la confianza en sí, puede interpretarse, como una adquisición de "honor". Ahora bien, la "confianza en sí" constituye una afirmación de /poder-hacer/, es decir, de libertad y de potencia. Gracias a la confianza que alcanza el S_1 obtiene, por tanto, la posición de un sujeto soberano. Simultáneamente sitúa imaginariamente a S_2 en la condición de un sujeto sumiso, obediente e impotente, respecto a sus deseos de ser amada. Los "avances inquietantes" que ve hacer a la mujer, supone, la representación de un sujeto que quiere una "aventura" con él. Supone que desea su deseo.

La pérdida de la confianza equivale a la negación del /poder-hacer/. El sujeto libre y potente deviene en sujeto impotente que se encuentra modalizado por el /no poder-hacer/.

S_1 ha adquirido confianza como fruto de un *demorado* proceso de pruebas y comprobaciones. Se ve privado del "honor", en cambio, de manera pronta y *resuelta*. Forma dificultosamente una imagen estimable de sí mismo. A través de un arduo proceso consigue realizar esa evaluación positiva. Opuestamente, se ve privado de ella de un modo súbito e inesperado. Ha tardado en reconocerse en una posición "soberana". Al contrario, en un instante pasa a ocupar una posición "sumisa".

La transformación que S_1 sufre de sujeto soberano en sujeto sumiso es concomitante de la que sufre S_2 , de sujeto sumiso en soberano. Imaginariamente el primero había conseguido una libertad que el segundo no poseía. Al final del relato se presenta una situación inversa: se muestra a un S_2 detentando una libertad que no había perdido, y a un S_1 desprovisto de la libertad ilusoriamente alcanzada, en un estado "vergonzoso" de impotencia.

Si la sumisión de S_2 ha sido aparente, por otro lado, así como también lo fue la libertad de S_1 , lo sustantivo es que las acciones por éste realizadas más que manifestación de un poder-hacer, fueron de un no poder-no hacer, es decir, de obediencia. En la misma medida que las acciones de S_2 tuvieron un carácter soberano y de predominio.

En la relación establecida entre S_1 y S_2 , éste ocupa una posición dominante. Desarrolla una actuación sin apremio. No se encuentra forzado a atribuir. A dar dones. S_1 en cambio se ubica en una posición subordinada, que lo obliga a entregar un objeto que el otro quiere, pero sin saberlo. Engañado por la ilusión que se forja se deja dominar. Lo que hizo para el otro parecía una prueba de amor, lo que efectivamente ocurrió es que se vio obligado a hacer un trabajo que la dueña del café había querido.

BIBLIOGRAFIA

Para la redacción de este trabajo nos hemos basado principalmente en el libro de Algirdas Julien Greimas *Du sens II. Essais sémiotiques*. Paris, Éditions Du Seuil, 1983.



Biblioteca de Letras
«Jorge Puccinelli Converso»